

# MONSTRUA

Nla Contreras



© Monstrua.

Sello: Tricéfalo

Primera edición: Septiembre 2021

© Nla Contreras

Edición general: Martín Muñoz Kaiser

Ilustración de portada: Luis Naranjo

Corrección de textos: Virginia Berner

Diagramación: Martín Muñoz Kaiser



© Áurea Ediciones

[www.facebook.com/aureaedicioneschile](https://www.facebook.com/aureaedicioneschile)

@aureaediciones1

[www.aureaediciones.cl](http://www.aureaediciones.cl)

Errazuriz 1178 of #75, Valparaíso, Chile

ISBN: 978-956-6021-77-3

Registro de Propiedad Intelectual N°: 2021-A-7001

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor o el editor.

Todos los derechos reservados.

*Encuentras mis palabras oscuras.  
La oscuridad está en nuestras almas.*

*¿No crees?*  
"Ulysses" (1922),  
**James Joyce**

# I

*Something takes a part of me.  
You and I were meant to be.  
("Freak on a Leash", Korn)*

**E**s enero y el calor abraza Santiago. El valle rodeado de montañas lo concentra entre sus cerros haciendo insostenible las tardes, sobre todo aquí, donde el pasto y frescura de la sombra de un árbol es algo casi inexistente.

Ese ambiente siempre me recordaba que tendría que aguantar dos meses sola antes de que mi 2001 realmente comenzara. La ausencia de mi mamá, siempre de turno en el hospital donde trabaja como auxiliar de enfermería, se hacía más presente en el viejo departamento al terminar las clases. Y, peor, solo me quedaban unos cuantos días de romance antes de que Bruno se fuera al sur con su familia a capear el calor.

Suspiré tratando de ignorar mis aburridas vacaciones y me lancé sobre el sillón con un vaso en la mano. Con el ventilador en modo estático pegándome directo en la cara, encendí el televisor y, sin darme cuenta, me quedé dormida.

Sabía que estaba soñando. Había alguna historia ahí, pero no retuve nada hasta que vi a Bruno apoyado sobre una baranda, con su postura erguida y sus ojos verdosos mirando un punto fijo más allá, tan absorto que sentí curiosidad.

Me acerqué por uno de los costados tratando de no interrumpir su concentración. Frente a él no había nada más que una cortina de lluvia que no nos salpicaba. Comencé a sentir frío: me abracé a mí misma y me apoyé en su espalda para evitar la humedad. Levanté la cabeza tras su hombro y entendí al fin lo que estaba viendo: era su reflejo, con una sombra borrosa tras él.

Me inquieté al verme de esa forma. Traté de llamar su atención golpeando su hombro para que me explicara la imagen. Al rozarlo sentí un impulso, como una repentina necesidad de sentir el calor que salía de su piel. Intenté contenerme. Algo me decía que esa sensación no era natural, que podía ocurrir algo malo si lograba tocarlo. Luché conmigo misma

tratando de despertar, cuando una punzada de dolor me despertó bruscamente.

Con el corazón acelerado, intenté levantarme. Me detuve de inmediato al escuchar unos vidrios caer al piso. Dejé sobre el sillón lo que quedaba del vaso, que se había roto al apretarlo demasiado. Procuré no pisar los restos con mis pies descalzos durante mi carrera al baño, para colocar la mano sangrando bajo la llave.

No me extrañó la situación: en mi casa toda la loza se rompía con facilidad.

En el baño, posé mi vista hacia el frente para concentrarme en aguantar el dolor al sacar un pedazo de vidrio incrustado en mi palma. Entonces vi que algo extraño se reflejaba en el espejo frente a mí, una imagen perturbadora; mi rostro pálido con una lisa y larga melena negra seguían ahí, pero mis ojos marrones habían sido reemplazados por unos inhumanos ojos negros. Miré sin entender y poco a poco me acerqué, deseando que el error estuviera en el espejo y no en aquello que se reflejaba. Al acercarme tanto, golpeé mi herida con el grifo y el dolor me obligó a mirarme la mano.

Ahogué un grito al ver que mi sangre ya no era roja, sino negra, mezclándose con el agua y cayendo hacia el desagüe como una espesa tinta.

Asustada, retrocedí para alejarme lo más posible, hasta que choqué con el marco de la puerta. Apoyada ahí, respiré agitada y al rato ya no tuve fuerzas para sostenerme en pie. Comencé a caer en ese mismo lugar, quedando sentada en el suelo.

Cuando logré calmarme, me miré nuevamente la mano. La herida ya no sangraba: en su lugar, tenía un tajo oscuro que atravesaba mi palma de forma horizontal, junto con otros pequeños cortes alrededor.

Me levanté con dificultad mientras tiritaba y volví a mirar mi reflejo. Esta vez, mi mirada era normal. Mis ojos habían vuelto a su color.

Me pregunté si lo había imaginado. Miré alrededor, angustiada, para corroborar que no estaba soñando. Al ver que todo era nítido, que sentía dolor y frío, me dije que no era posible que fuera una ilusión. Algo me había pasado y no tenía cómo explicarlo.

Desde ese día todo cambió para mí. Yo solía ser relativamente abierta con las cosas que me pasaban, pero eso no fui

capaz de contarlo. Rememoraba el momento una y otra vez en mi cabeza, dudando de mi cordura.

Comencé a sentir frío, uno que no se apagaba con nada, ni siquiera con el aire viciado que se acumulaba dentro del departamento con las ventanas cerradas en pleno verano.

Mis últimos días con Bruno fueron un desastre. Me preguntaba constantemente qué me pasaba, y yo no podía concentrarme en las cosas que me decía: mi atención siempre estaba puesta en el calor que salía de su cuerpo. Comencé a sentir miedo de acercarme, de tocarlo o besarlo, porque lo necesitaba de una manera extraña: quería apretar su piel entre mis dedos, como si pudiera alimentarme de todo lo que tenía dentro.

Finalmente se fue de vacaciones con mis últimas palabras en su mente: "Bruno, no podemos seguir...". Y lejos de buscar una explicación, su orgullo lo hizo callar e irse sin preguntar el motivo.

De haberlo hecho, no le hubiese dicho la verdad, pero me dolió lo fácil que le fue dejarme ir: me atormentó su desinterés. Traté de consolarme al pensar que esos días fueron tan miserables que creyó que ya no lo quería, aunque en el fondo, lo único que sentí era que no le había importado.

Y como si todo lo anterior fuera poco, mi mamá me acechaba con sus preguntas en los breves momentos que estaba en la casa. Yo no estaba acostumbrada a esa atención; nunca le había dado motivos para que se preocupara. Comencé a hacerme la dormida cuando llegaba del trabajo para evitar nuestras discusiones, sus comentarios respecto a mi aspecto, sus inquisitivas dudas sobre mis motivos para terminar con Bruno, como si él me hubiese hecho algo; y, sobre todo, por qué la miraba de una forma tan extraña.

La miraba así porque tenía miedo de hacerle daño. Cuando Bruno se fue, era su calor el que necesitaba para apagar un frío que solo estaba dentro de mí.

Me pasé el resto del verano hecha un atado de nervios y sin ser capaz de mirarme al espejo, por lo que no noté cómo comencé a adelgazar. El encierro y la falta de sueño me dejaron unas ojeras permanentes. Fui un zombi acurrucado bajo una manta durante semanas, hasta que recibí un mensaje de texto en mi celular. Las letras juntas sin vocales hacían difícil su lectura. Cuando finalmente lo descifré, en mi cabeza se leyó como:

“Salí con Bruno, espero no te moleste. Él me contó que tú terminaste”.

Era de Katy. Ella no era especialmente cercana a mí, sino más bien una adición al grupo del colegio; amiga de mis amigas. Desde mi punto de vista era una niña linda, buena onda, con un cabello falso rojo y llamativo. Más allá de eso, nada... hasta ese momento.

Estaba tan ensimismada en mi terror interno, que no había notado que el verano casi terminaba, y por lo tanto, Bruno había vuelto de sus vacaciones sin dignarse a tratar de hablar conmigo.

El mensaje me pilló desprevenida. Solo pude contestar “OK” mientras me preguntaba cómo era posible que le hubiese tomado tan poco tiempo encontrar a alguien más.

Con ese pensamiento dando vueltas en mi cabeza, sentí la intensa necesidad de destruir algo y no encontré nada mejor que patear mi cama con mis botines gruesos, rompiendo una de las patas traseras. Por eso, no tuve más remedio que contarle a mi mamá que ya no tenía donde dormir, omitiendo cualquier detalle que diera a entender que la rompí en un arranque de ira para así, no contarle lo del mensaje tampoco. Y como no teníamos dinero para comprar una cama nueva, no nos quedó otra que mandar a cortar las tres patas restantes para dejarla a ras de piso, convertida en una ironía hacia mi alta estatura.

Después de ese mensaje, menos ganas tenía de salir. Bruno vivía literalmente frente a mi puerta colindando con la escalera, único método de salida y entrada al edificio. Para bajar los cuatro pisos tenía necesariamente que pasar frente a su entrada.

Los días pasaron y recibí otro mensaje, esta vez de Alejandra (a quien sí consideraba mi amiga), para que le contara un poco de mí, ya que yo no me había comunicado con nadie durante todo ese tiempo. Me limité a responder monosílabos para dejarla tranquila, asegurándole que cuando volviéramos a clases conversaríamos. En el fondo, ni siquiera sabía si iba a ser capaz de volver.

Yo continuaba devanándome los sesos tratando de entender qué me estaba pasando. Eso seguía ocurriendo: cada vez que me enojaba mis ojos cambiaban y todos los meses, durante tres o cuatro días, corroboraba que mi sangre se había

vuelto inhumanamente oscura. Además, sentía ese frío constante y sed irracional del calor de otras personas.

Me repetí varias veces en mi fuero interno que me estaba volviendo loca, que nada de lo que me estaba pasando podía ser verdad. Busqué todo lo que pude por internet, pero nada. Había algunas teorías inverosímiles o fantásticas, y aunque me planteé seriamente una posibilidad sobrenatural, no había ninguna enfermedad o ser superpoderoso que tuviera que ver con lo que me estaba pasando.

Incluso pensé en visitar al Carnicero, el hombre que vivía en el cementerio y que — todos sabían — jugaba al doctor con aquellos que, por una u otra razón, no podían ir a un médico con licencia. Pero ese era el plan B. Que le dijeran de esa forma me ponía los pelos de punta.

Rendida, días antes de que comenzara marzo y, por lo tanto, las clases, me convencí a mí misma de que tenía que tener un poco de comunicación con el mundo exterior. Encendí el computador, esperé pacientemente que se conectara mientras ordenaba alrededor del escritorio, me metí a un foro con una sala de chat que frecuentábamos todos mis compañeros de curso y después de buscar un rato entre los jeroglíficos nombres de usuarios, encontré a Katy conectaba como: "*Kat & Bruno* ®".

Me pasmé mirando las letras. Escuché un crujir entre mis dedos y levanté el mouse tratando de entender el sonido. Una pieza, que debió estar en su interior, rodó desde el escritorio hasta el suelo.

Mi mamá, que me había prohibido cerrar la puerta, tensó los labios antes de retarme al verme tratando de juntar las piezas del mouse roto.

No la escuché. Me quedé pensando en el hecho de que me estaba retando; por lo tanto, esto no me lo estaba imaginando. Lo que me había pasado ese verano era real.



## II

*Did you forget about me, Mr. Duplicity?  
("You Oughta Know", Alanis Morissette)*

El día en que terminaron las vacaciones me paseé por varios minutos frente a la puerta después de considerar que estaba lista para ir al colegio. Me había tomado mucho más tiempo de lo esperado: tuve que ajustar la falda gris del uniforme con un par de puntadas a los costados. Si bien mis anchas caderas la sostenían a pesar de mi baja de peso, no toleraba lo suelta que me quedaba ahora en la parte alta del estómago, porque me hacía ver más gigante de lo que realmente era.

Me tomé varios minutos extras para arreglarme el rostro, recurriendo a las cremas de mi mamá. Y no sirvió de nada: las oscuras ojeras y mi pálida piel delataban mis meses de encierro.

Traté de entrar la blusa blanca bajo la falda, pero me veía ridícula, así que la saqué —arrugada—, me puse holgadamente la corbata color vino, las calcetas grises bajo los botines, un polerón negro con capucha y acomodé todas las pulseras de cuero que tenía junto al reloj en mi muñeca izquierda. En el hombro tenía la mochila preparada con cuadernos, materiales reciclados del año anterior, una fruta en dudoso estado y, por supuesto, mi delineador negro.

Tiré la mochila un par de veces sobre el sillón. No me decidía a salir: tenía miedo. Agradecí que mi mamá no estuviera para indicarme por milésima vez que debía ser más delicada con mis cosas, lo cual siempre venía antes de un "y endereza tu espalda, no es su culpa que seas tan alta".

Sabía que iba a llegar tarde. Era solo que no estaba segura si Bruno ya había salido: no quería topármelo antes de tiempo. No sé en qué maldito momento se me ocurrió enamorarme de mi mejor amigo, vecino y compañero de clases. Creo que Alejandra me lo advirtió en algún momento. Sin embargo, enamorada como estaba, no fui capaz de escucharla y entender en lo que me estaba metiendo.

En mi defensa, lo conocía de toda la vida. Su mamá me cuidó cuando era chica y, tal vez sin mucha lógica, siempre

fui más amiga de él que de sus hermanas. Quizá por tener la misma edad, quizá porque había sentido que siempre sería mi compañero de vida, no sé. Claramente, me había equivocado, algo no tan usual en mí.

Mientras me torturaba mentalmente y tocaba de forma automática la cicatriz de mi mano, recordándome que estaba loca y no debería salir, escuché un ruido fuera de mi puerta y partí hacia la mirilla. Observé salir a Bruno, despreocupado, deteniéndose unos segundos en el primer escalón. Me lo imaginé recordando algo olvidado o solo luchando contra la costumbre de tocar mi puerta para salir juntos. Luego, continuó su descenso como si nada.

Me maldije a mí misma. Tenía tanto miedo de salir y enfrentarme a él, porque no era solo el terror que me daba no entender qué me estaba pasando: mi parte irracional me decía que él estaba con alguien más, mientras que yo volvería sola, desnutrida, pálida y con el horror permanente que me daba ahora tocar a la gente.

El reloj me suplicaba que me fuera. Estaba en el límite de la hora para llegar bien, considerando que me quedaba un viaje en micro y correr un par de cuadras. Asumí lo inevitable: tenía que salir, encontrarme con él en la escalera o simplemente topármelo mientras esperaba la locomoción y rogar al universo para que esa oscuridad en mí no lo matara, porque ese era mi miedo. Algo dentro de mí me decía que iba a matarlo si lograba apoderarme de su calor.

Salí despacio y eché llave, procurando recordarlo para no tener un ataque de pánico a medio camino pensando que había dejado las llaves puestas. Bruno bajaba con un par de pisos de ventaja por la escalera mientras yo iba demasiado lento para alguien a quien no le gustaba llegar atrasada a clases.

Cuando llegué al descanso de la primera escalera, me paré en seco al tomar la baranda y escuchar el anillo de mi dedo índice golpear la madera. Me lo había regalado Bruno y yo, idiota, aún no podía sacármelo. Me detuve un momento mirándolo cuando me pregunté si era necesario pasar por todo eso. Nadie se iba a enterar de que no había ido a clases, así que di media vuelta y comencé a subir mientras escuchaba unos pasos rápidos subiendo también. Deduje que era un vecino volviendo a casa de su turno de noche.

Error.

Era Bruno que subía rápido la escalera y se paró a los pies del primer escalón cuando yo casi tocaba el último.

—Ari, ¿dónde vas? —dijo a mi espalda.

Pensé en responderle, pero no me salió nada. Suspiré fuerte y me di valor para darme vuelta y enfrentar su figura.

Ahí estaba él con sus rasgos duros, sus labios gruesos y el ceño fruncido. Sus hombros anchos sujetaban la mochila y tenía las manos en los bolsillos. Contemplé su rostro procurando no mostrar emoción en el mío. Noté un vestigio de barba en su cara, la cual nunca estaba al ras desde que se había dignado a aparecer un par de años atrás, y su pelo castaño húmedo y alborotado daba la impresión de que nunca se había peinado (yo sabía que eso no era cierto). Sus verdosos ojos avellana me daban frío y al mismo tiempo me hacían estallar por dentro al sentir eso cálido que emanaba de él.

De todo su ser, su barba fue lo que me traicionó y envolvió mi mente con un recuerdo: Bruno solía volver casi al final de cada verano más tostado y más rechoncho que el año anterior, hasta que después de las vacaciones del año pasado no volvió a ser el mismo. Ese verano volvió con todos los centímetros que le faltaban para alcanzar mi estatura y de pronto su cara de niño ya no era la de un niño, y mi amigo dejó de ser mi amigo para convertirse en algo más.

A pesar de todo el miedo que me producía verlo, también comencé a extrañarlo, aunque estuviera solo a unos metros de mí.

—Se me perdieron las llaves y el portón está cerrado. Estás... ¿bien? —concluyó preocupado.

—No tomé desayuno —respondí evasivamente.

Sabía que su mueca se debía a mi aspecto. El universo había escogido el peor día de mi vida para verme desastrosa, sentí. Quería que me tragara la tierra mientras volvía a bajar.

Él soltó la mochila de uno de sus hombros y abrió el bolsillo pequeño para sacar un envase de galletas y exténdermelo. Tenía hambre, así que lo acepté agradeciendo de mala gana para caminar a su lado mientras bajábamos en un silencio solo apagado por mis mascadas. Me pregunté si aún conservaba el llavero de pelota de fútbol que le había regalado o si simplemente lo había perdido —quizás a propósito.

Respiré profundo cuando me di cuenta de que estaba tan distraída por volver a verlo, que mis ansias de atacar habían mermado un poco.

Cuando salimos por el portón delantero del edificio, me preguntó:

—¿Y cómo estuvo tu verano?

—Bien, excelente —mentí—. ¿El tuyo?

—Bien —respondió, tocándose el estómago.

Yo sabía que sus abuelos en el sur lo alimentaban como si en Santiago pasara famélico, tratando de compensar todo lo que no había comido en el año.

Y eso fue todo lo que pudimos hablar. De vez en cuando alguien emitía algún comentario que el otro solo respondía con un sonido, lo cual difícilmente se puede considerar como una conversación.

Nos subimos a la micro y nos fuimos mirando a lados diferentes. Me arrepentí con toda mi alma de no haber sido más rápida en las escaleras para no tener que pasar por ese momento.

Al llegar al portón del colegio, tomamos caminos diferentes: él para saludar a sus amigos y yo directo a la sala del segundo piso donde, supuse, tendríamos las clases ese año, ya que cada curso tenía designado un lugar y desde siempre el 4º A había estado en la misma sala.

Subí aliviada al darme cuenta de que no me transformaría si estaba tranquila y de que quizá no iba a atacar a nadie, por más que lo deseara.

Miré desde la escalera la antigua casona colonial, en el centro del *Saint Benón College*. El edificio principal del colegio era una reliquia con pisos de madera y una ancha escalera con barandas de fierro que formaban una enredadera. Claramente alguien pensó que esa belleza arquitectónica no iba durar en nuestras manos, de modo que sus habitaciones eran las oficinas de la parte administrativa y salas de una que otra clase especial. Para las clases diarias, a ambos costados había unos edificios feos prefabricados, donde nos repartíamos los casi doscientos cincuenta alumnos en dos cursos por nivel.

Me gustaba imaginarme que en algún momento el colegio tuvo una enseñanza de primera categoría, pero en la actualidad solo era un negocio, financiado en parte por nosotros y en parte por el estado. Cualquiera que tuviera los recursos podía entrar. Para nosotras era casi un lujo pagarlo y solo estaba ahí por el hecho de que estaba fuera del rango de la población. Eso lo hacía automáticamente una mejor opción que el liceo municipal que tenía al lado de mi casa.

Llegué al segundo piso del edificio este, donde me esperaba Alejandra con sus ojos saltones en medio del pasillo. Me extendió los brazos y me apretó más de lo necesario. Me solté incómoda por su cercanía; ella me miró extrañada. Por su parte, Sandra me saludó con un efusivo beso en la mejilla. Esperé en serio que ese cariño solo fuera por no habernos visto en todo el verano y que no una constante en nuestros saludos, como solía serlo.

Las miré tratando de disimular. Sabía que me esperaba un interrogatorio por lo de Bruno y mi nueva, distante forma de interactuar, así que me apresuré a entablar un hilo de conversación y Sandra me había dado el pretexto perfecto:

—¡Sandrita! Te teñiste el pelo. Se te ve lindo.

Movió la cabeza para ambos lados meneando su melena castaña con unos nuevos reflejos rubios y sonrió mostrando sus dientes grandes que resaltaban con su piel oscura.

—¡Gracias! Quería hacer algo especial por el último año. No sé si fue la mejor...

—Todos te hemos dicho que te ves bella —la paró Alejandra en tono brusco. Y para que fuera así, significaba que ya llevaban un buen rato en el tema y ya estaba hastiada de la conversación—. Ahora tú —se dirigió a mí—, desembucha, no me has hablado en todo el verano y exijo una explicación... ¿Estás bien? —agregó al ver mi expresión evasiva.

Justo en ese instante sonó el timbre y ambas hicieron una mueca de frustración. Sabía que no me había librado del todo. Al menos durante las clases no me preguntarían, porque ahora venía el momento más incómodo, ya que todas (incluida Katy), solíamos sentarnos juntas y dudaba que este año, el gran último año, fuera la excepción.

Por la escalera opuesta divisé al profesor Carlos con el libro de clases en las manos. Su figura ancha ocultó un momento a la pareja que venía tras él, Bruno y Katy; él, convenientemente con las manos en los bolsillos, mirando sus zapatos, mientras ella iba dichosa hablando a su lado.

Por suerte alcancé a reaccionar. Me agaché para volver a anudar mis botines, aunque no había ninguna necesidad.

Como Sandra y Alejandra estaban mirando a mi lado, al moverse para entrar a la sala lograron ver lo mismo que yo. Quedaron en un espiral de extraños movimientos entre querer seguir avanzando, disimular la sorpresa y mirarme desde

las alturas para ver mi reacción, hasta que el profesor las apuró para que entraran.

—Señorita Ariadna, ¿está esperando una invitación para entrar?

—¡No me diga así, profe! —me quejé, haciendo un puchero.

El profe Carlos era nuestro profesor jefe desde que habíamos entrado al colegio en primero medio y sabía perfectamente que no me gustaba mi nombre. Nadie era capaz de pronunciarlo bien a la rápida; siempre sonaba más a un Ariana o Adriana, así que colectivamente me volví “Ari”, con excepción de él, a quien le divertía mucho ver mi cara de frustración cada vez que me llamaba por mi nombre.

Entré última y suspiré al sentir el calor de mis compañeros dentro de la sala. Divisé a la rápida los más de treinta alumnos sentados en medio de un bullicio, repartidos en cuatro filas de puestos dobles. Me dirigí al cuarto puesto de la primera fila donde Alejandra levantaba la mano para que me sentara a su lado. Como había previsto, todas juntas una vez más.

Saludé a todos con la mano mientras pasaba y a mi pesar, me tuve que agachar en el segundo puesto para saludar a mi amiga Susana, a quien no había visto antes de entrar. Frente a mí, al sentarme, estaba Sandra; a su lado, Katy apoyaba la espalda en la pared. Me saludó secamente con la mano y le devolví el mismo saludo seco. De reojo vi el intercambio de miradas entre el grupo.

Me senté en el duro puesto sacando de inmediato un cuaderno y mi estuche tubular. Coloqué la mochila en el respaldo de la silla sin darme vuelta, ya que, cómo no, Bruno se sentaba detrás de mí, dejándome en la incómoda posición entre él y ella. Puse los ojos en blanco por reflejo y Alejandra sonrió al verme, aunque nunca supe si había entendido el motivo de mi gesto. Ella simplemente se reía de todo lo que yo hacía.

Mientras acomodaba mis cosas sobre la mesa y buscaba mi lápiz favorito, sentí algo extraño e hice una pausa. Me quedé quieta mientras venía a mi mente la sensación de que no todo estaba en el mismo sitio; un escalofrío bajó por mi espalda poniéndome la piel de gallina. Me enderecé bruscamente, volteé casi en cámara lenta hacia mi izquierda y ahí estaba él. Era alto: parecía un farol de pelo color miel entre

todos los castaños, con un cuerpo largo, casi escuálido para mi gusto, y unos ojos rasgados color café, los más tristes que había visto en mi vida.

Me hubiese encantado decir que fue un flechazo (hubiese sido muy conveniente, tomando en cuenta las circunstancias), pero mi real sensación fue de pánico, porque el calor que emanaba tenía una tenue aura oscura. Toda la sangre de mi cuerpo se fue directo a mis pies, dándome un espasmo en la punta de los dedos. Tuve que luchar conmigo misma para no salir corriendo.

En ese instante pasaron tres cosas casi al mismo tiempo: Sandra abrió desmesuradamente los ojos al darse cuenta de que teníamos un compañero nuevo, escuché tras de mí un “Ari, ¿me prestas un lápiz?” y el muchacho nuevo me miró.

Contra mi instinto, le sostuve la mirada hasta que él la apartó.

Busqué rápidamente en mi estuche un lápiz y giré para entregarlo mientras volvía a mirar al nuevo sin disimulo. Él ya no me prestaba atención: estaba escuchando a su compañero de puesto.

Apreté el lápiz hasta quedar con los nudillos blancos. De repente, Bruno me tocó el hombro.

—¡Qué! —dije con los dientes apretados.

—Suelta el lápiz —respondió pronunciando lentamente.

—Ah.

Me quedó mirando fijo, con el ceño fruncido, al percatarse de que mi atención estaba puesta en otra persona. Vi pasar una mueca de rabia y luego sonrió.

—Creo que estás babeando.

Lo dijo intentando hacer la mímica de limpiar una gota de saliva en mis labios. Mi mano derecha fue más rápida, deteniendo la suya a medio camino.

—¡No me toques! —siseé, soltándolo de inmediato.

Mi ira se esfumó al segundo cuando movió la mano de forma extraña; la abrió y cerraba, observándola.

—¿Qué?

—Se me durmió la mano.

Siguió moviéndola un par de segundos más hasta que volvió a tomar el lápiz y comenzó a copiar en el cuaderno lo que el profesor escribía en la pizarra (nuestro horario de clases). Retomé mi posición después de que volvió a posar sus ojos sobre mí.

¿Se le durmió la mano por mi contacto?, me pregunté.  
¿Qué significaba eso?

Mientras lo pensaba, me topé con la mirada inquieta de Katy. La retiró rápidamente, como si no hubiese sido su intención mirarme, y fingió estar atenta a lo que decían las demás.

Al rato, el grupo completo estaba reunido, apoyadas todas en mi mesa para discutir en susurros la nueva incorporación. Susana se había levantado de su asiento y estaba apoyada con el trasero alzado para que juntáramos las cabezas, preguntándonos todas qué hacía ese chico alto en nuestra sala, ya que en general los nuevos iban directamente al curso B (el A siempre era más numeroso que el B).

Pasaron rápidamente de esa duda a los comentarios y especulaciones, como si era o no más guapo que Nick Carter, y a las apuestas de qué tan alto era realmente (apoyé mentalmente el metro noventa y algo que apostó Sandra). Yo no participaba de la discusión, porque no podía entender que nadie notara que el nuevo daba miedo.

El profesor terminó de anotar nuestro horario en la pizarra y nos convidó a que lo copiáramos rápidamente mientras pasaba la lista en orden alfabético según nuestros apellidos. Yo me limité a captar los nombres que significaban algo para mí: Alejandra Cárdenas, Sandra González, Bruno León, Katherine Menares, Ariadna Nain...

—Y dale —susurré—. ¡Aquí! —grité alzando la mano.

Cuando llegó a la "Z" y por lo tanto al último, noté que no había nombrado al nuevo. Nos miramos entre todas con curiosidad. Al segundo, el profesor gritó:

—¡Lucas Brintrup!

Y él se limitó a alzar la mano sin responder.

—¿Por qué estás al último? —le pregunté.

Me sorprendí de mí misma y creo que me sonrojé. Él estaba lo suficientemente cerca como para escucharme; aún así, dudó si yo le había hablado antes de responder.

—Supongo que es porque me matriculé hace poco —tenía la voz muy ronca—. Quizá ya tenían los nombres en el libro de clases cuando llegué.

—Ah —respondí, volviendo la vista a la pizarra.

Traté de escribir el horario, obviando que todas me miraban con la boca ligeramente abierta. Alejandra me dio un codazo; la ignoré. Copiaba de forma automática, pensando



en lo perfectos y envidiables que tenía los dientes; blancos y derechos.

—¿Llegar de dónde?

Esta vez fue Bruno quien preguntó.

—Me cambié de casa hace poco.

—Parece que lo vas a pasar bien acá. Ya tienes un fan club, presidido por mi ex, al parecer.

La palabra “ex” retumbó en mi mente como si nunca la hubiese escuchado y miré a Katy sin pensar.

¿Qué era esa escena de celos? Antes de que pudiera reaccionar, Alejandra había sacado una hoja de papel de su cuaderno, lo transformó en una bola y se la tiró a Bruno en la cara. Escuché la risa de los que estaban cerca. Lucas miraba divertido mientras yo buscaba las palabras. Creo que era la única a la cual no le había gustado con solo verlo.

—No...

—Está bien. No me molestaría tenerte de groupie —y me cerró un ojo teatralmente.

Sonreí involuntariamente. De alguna forma —ególatra y extraña— me había defendido. Y aunque el aura de terror no se había esfumado, quizá por su sonrisa amplia poco a tono con sus ojos tristes, de pronto me agradó.

El día pasó rápido. Durante el primer recreo, todas, menos Katy, contaron cómo habían vivido su verano. Yo no tenía mucho que contar, así que me entretuve escuchando sus historias, como la del hermano de dos años de Sandra, quien había vivido su primer flechazo con una niña de su edad alojada al lado de la cabaña que habían arrendado en la playa.

Ya para el segundo recreo, Katy desapareció, por lo que aprovecharon de interrogarme respecto a lo que había pasado. Asumí que solo se referían a lo de Bruno, así que conté de forma escueta que ya no quería estar con él, que se lo había dicho justo antes de irse de vacaciones, que Katy me había mandado un mensaje y que simplemente no me había importado.

Se miraron entre todas tratando de dilucidar si lo que decía era verdad. Sé que era difícil de creer tomando en cuenta cómo me veía, así que me apresuré a decirles que estaba resfriada para que no se preocuparan, aunque ni siquiera recordaba la última vez que me había enfermado.

Alejandra me apartó hacia un lado para hablar conmigo sin que las demás escucharan.